

do para ser por él disertado es «Como se acabará el mundo».

Saluda el conferenciante al distinguido auditorio que llena el salón de conferencias, con breves pero simpáticas frases, y seguidamente empieza su brillante disertación con la siguiente pregunta: ¿De qué puede morir la tierra?, con su elegante forma oratoria nos contesta a semejante pregunta dando datos de todos los accidentes de que esta puede morir y acaba tan brillante parte de su tema con las siguientes frases que mueven el incendio del aire atmosférico «Los hombres y los animales, lavados por el ardiente aliento del cometa, morirían asfixiados; pues sus pulmones no respirarían más que fuego. Casi en seguida todos los cadáveres, serían carbonizados e incinerados y en el inmenso incendio celeste, solamente el ángel incombustible del Apocalipsis haría escuchar al son desgarrador de su trompeta el antiguo canto mortuario, caído letalmente del cielo como un toque de agonia «*Salvet saeculum in favilla*». (Reducirá el mundo a cenizas)». El público llevado a los más altos grados de la forma poética, premia semejante párrafo y anteriores con grandes aplausos.

Otros no menos elocuentes suceden al párrafo anterior, todos ellos dichos con grandes revelaciones de maneras oratorias; con facilidad de palabra termina la segunda parte de su discurso con un párrafo que no nos es posible copiar y en el que es aplaudido como en el precedente.

Después de varias no menos elocuentes frases termina su conferencia con el célebre cantar popular

«El mentir de las estrellas
es muy hermoso mentir;
puesto que nadie ha de ir
a preguntárselo a ellas.»

El auditorio premió tan brillante conferencia con sonoros aplausos, que como alegre música son para el joven orador, que así ve premiados sus trabajos. Esta conferencia fué presidida por los señores Giménez Cano y Acebo, como representación del Ateneo Conquense y la Junta directiva de esta asociación.

..

Ahora unas pocas palabras a los estudiantes que se muestran indecisos entre dirigir o no la palabra en uno de los próximos viernes: Habéis de saber, que el público que os oirá, como culto que es, dispensará las vacilaciones que tengáis, propios del que por primera vez dirige la palabra a un numeroso auditorio, pero también premiará vuestro trabajo con la misma moneda que fué pagado el de los anteriores; conque a tener alguna valentía y a preparar conferencias que eleven el calificado de estudiante por encima de la significación que hasta ahora ha tenido.

L. DE LA C. A.

A MI MADRE

Al dirigirme a ti, madre amorosa,
ser adorado, amor del alma mía,
hasta en la propia luz, la luz del día,
veo tu efígie de hada misteriosa.

Quiero acercarme a ti por ser dichosa,
pero es vana mi loca fantasía
pues no te alcanzo y aun con pena mía,
te apartas de mi vista majestuosa.

Pensando en ti, toda la noche velo,
a veces, sueño que me estás besando,
y que me dices «Te veré en el Cielo».

Y así, pasar la vida yo buscando
un amor como el tuyo ¿ese es mi anhelo?
¡pobre!, ¡triste!, ¡infeliz!, moriré amando.

C. L.

RÁPIDA

ESTABA SOÑANDO

Era una tarde del mes de agosto. La difusa luz del sol poniente iluminaba la campiña, hasta convertirla poco a poco en silenciosa y oscura estancia. Allá lejos, muy lejos, en lontananza, aparecían densos y majestuosos nubarrones, que se iban difundiendo por el espacio infinito. El aire, poco antes fresco, de un atardecer de verano, habíase tornado ahora en ardiente y parecía que millares de lenguas de fuego que querían como exterminar la magnífica, la admirable obra de la naturaleza.

Una soledad aterradora se cernía en torno mío; ni un alma cruzaba en aquellos críticos instantes la campiña; sin embargo, mi corazón, en aquellos momentos violentamente agitado por una fuerza sobrenatural, al parecer, no se cuidaba de nada de lo que en torno de mí sucedía.

Ya el cerrazón tormentoso había cubierto el rasgado azul del cielo, momentos antes tan claro y bello, como clara y bella es la nieve en el invierno. Yo, mientras tanto, caminaba guiado por los vuelos de mi enloquecida imaginación, con el pensamiento puesto en una sola idea: la de poder ver su divino rostro, su gracioso cuerpo, su preciosa imagen, su...

Por fin, extenuado de cansancio, caí desplomado al llegar a una era, que se hallaba en una prominencia del terreno; y allí, destrozada el alma y falto de fuerzas, quedé sumido en un sopor tal, que si alguien hubiese pasado hubiérame confundido con un muerto; mas no era así, pues que mi corazón latía y seguía abstraído en la misma idea, en el mismo pensamiento, en la misma esperanza...

Junto a mí pasó, sí, yo la vi; pasó cual la imagen fantástica de la voluptuosidad suprema, con los brazos abiertos, que pa-

recían querer aprisionarme en tan dulce cadena, y con sus grandes ojos negros, de mora tunecina, fijos en mí, cual si quisieran, con sus destellos magnéticos, enloquecerme y fascinarme.

¡Qué contraste tan mirífico! Por una parte, y sobre mi cabeza, la borrasca con el estentóreo ronquido de los truenos, los relámpagos que rasgan el firmamento e iluminan la campiña; y por otra, la lluvia que torrencialmente caía; entre esta confusión, entre esta revolución de elementos físicos, la imagen divina del hada de amor, más bella que una huri de Mahoma, más que las musas del Parnaso, con su dorado cabello como trigales de oro y seda, con su rosado y terso cutis, con su frente blanca y pura, cual Madona del inmortal Rafael, haciéndola todavía más bella la centelleante luz de los relámpagos.

Y yo, llevado quizá del más loco afán de dominio, queriendo confundir su persona con la mía, quise abrazarla, y entonces... entonces desperté, pues estaba soñando...

A. VILA.

MI IDEAL

Vi unos ojos primorosos
mi dulce sueño abatir,
y al hallarlos tan hermosos
y en su mirar, cadenciosos,
pasé del sueño al morir.

Ellos son los dos espejos
que hay delante de mi alma,
y en tan bellos azulejos
se destellan los reflejos
de a quien Dios le da la palma.

Reflejos que de rechazo
penetran el alma mía,
marcando en mi vida un plazo
que divide con su trazo
el llanto, de la alegría.

Vi unas mejillas rosadas
como el rocío en las flores,
(en las flores encarnadas)
y cegué con sus miradas,
y sólo vi mis dolores.

Su boca es hermosa,
su risa fatal,
su beso... su beso,
de él no quiero hablar.

Sus labios son rosas,
su tinte carmín,
sus dientes, son perlas,
el hálito, marca
de la vida, el fin.

Cabeza de Berenice,
mis ensueños te confunden,
pues al verte tan hermosa
sólo recuerdo una cosa
y esa cosa y tú, se funden.